



SIN TIEMPO DE BUSCAR

JUSTO ANTES DEL

CIELO



EL TRIBUNAL DE CRISTO

J. Oswald Sanders

CONTENIDO

La Segunda Venida y el tribunal de Cristo	2
Recompensas y cuerpos resucitados	13
Cómo obtener la entrada al cielo	28

JUSTO ANTES DEL CIELO: El tribunal de Cristo

En las páginas de este librito hay una verdad que sacó a uno de los hombres más sabios que ha vivido jamás de la desilusión de los últimos años de su vida. Abrumado por el aburrimiento repetitivo de la vida y perturbado por la naturaleza temporal y sin sentido de la existencia, el rey Salomón llegó finalmente a la renovadora verdad planteada por el bien conocido escritor J. Oswald Sanders en este resumen de su libro *El cielo: Algo muchísimo mejor*.

Lo que da significado a la vida y un valor duradero a los pensamientos y al trabajo repetitivos es el conocimiento de que en algún momento futuro, nuestro amante y misericordioso Dios pesará el valor de todo lo que hemos hecho (Eclesiastés 12:14).

Martin R. De Haan II

LA SEGUNDA VENIDA Y EL TRIBUNAL DE CRISTO

W. Graham Scroggie, en su libro *What About Heaven? [¿Y qué del cielo?]* escribió: «La revelación de que habrá un tribunal para los creyentes es una evidencia más de que no se entra en la plenitud del cielo ni nadie lo disfruta sino hasta después del advenimiento y la resurrección. Los cristianos que han muerto durante estos 1900 años aún no han sido juzgados por su fidelidad ni infidelidad. Eso no sucede cuando morimos, sino que sucederá la víspera de la consumación de la redención, de ese estado que será perfecto, beneficioso y eterno» (p.108).

¿Qué significarán para nosotros la Segunda Venida y el

tribunal de Cristo? La prometida Segunda Venida de nuestro Señor significará para nosotros el comienzo de los gozos prometidos del cielo. Significará estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor. Pero ahí no acabará la historia. Precipitará la mayor serie de acontecimientos de juicio en la historia del mundo. Pablo predijo una resurrección de los justos y de los malvados en la que todos afrontaremos el resultado de las obras hechas mientras estábamos en el cuerpo (Hechos 24:15).

La expectativa de un día de juicio venidero es uno de los artículos menos populares de la fe cristiana, y aun algunos que se llaman cristianos lo niegan. Pero no es un concepto peculiar al cristianismo; es común a otras religiones y filosofías también. Los budistas, por ejemplo, creen en dieciséis infiernos. La conciencia universal de la humanidad da testimonio

de un sentimiento de culpa, una sensación de responsabilidad moral para con un ser supremo o dios. La gente ha de rendir cuentas a Dios, y Él recompensará el bien y castigará el mal.

La doctrina característica del cristianismo es que Dios ha delegado esta posición a su Hijo, Jesucristo, quien juzgará a los vivos y a los muertos. «Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo» (Juan 5:22). «Y nos mandó [Jesús de Nazaret] que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos» (Hechos 10:42).

Nadie que acepte la autoridad de Cristo y la autenticidad de su Palabra puede dudar que haya un juicio venidero. Pero existe una gran diferencia entre el juicio de los creyentes y el de los incrédulos. A los creyentes les espera el

tribunal de Cristo (el juicio bema) (2 Corintios 5:10). Para el impenitente existe la ineludible perspectiva de comparecer ante el juicio del gran trono blanco (Apocalipsis 20:5,11,12).

No es ni posible ni necesario determinar un horario exacto para estos solemnes acontecimientos; lo que importa es la absoluta certeza de los mismos. Hebreos 9:27 dice que «está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio». Debemos tener en cuenta que cuando estos acontecimientos sucedan, las medidas de tiempo y espacio como las conocemos ahora no tendrán aplicabilidad ninguna.

Sin embargo, hablando en términos que conocemos, ¿no sería razonable concluir que, puesto que el «día de salvación» se ha extendido más de dos milenios, no tenemos que tratar de comprimir el día del juicio

en un breve período de tiempo? Viceversa, ¿requiere este juicio necesariamente de un largo período de tiempo tal como lo conocemos? En estos días de las maravillas del mundo de las computadoras y la televisión, y de la inmensamente mayor maravilla del cerebro humano, unido a la omnisciencia de Dios, la lentitud de nuestros procesos judiciales no ofrece comparación. Es un fenómeno bien establecido que, en momentos de crisis, todo el contenido de una vida puede pasar fugazmente por la mente de una persona en un momento.

En este librito nos concierne solamente el juicio a los creyentes en el tribunal bema. Para el creyente, este es uno de los acontecimientos más importantes entre los vinculados con el regreso de Cristo. «Porque es necesario que todos nosotros

comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5:10).

***El pensamiento
más grandioso que
ha entrado en mi
mente es que un
día tendré que
comparecer ante un
Dios santo y rendirle
cuenta de mi vida.***

—Daniel Webster

¿Significa esto que tendremos que esperar hasta aquel día para saber si somos salvos o estamos perdidos? ¿No enseñan las Escrituras que cuando creemos en Cristo pasamos de muerte a vida y no vendremos a condenación?

Ciertamente que así es. La explicación de 2 Corintios

5:10 descansa en el hecho de que las Escrituras reconocen dos clases de juicio. Existe el juicio en los procesos criminales en los que el juez se sienta en el banco, escucha la evidencia y decide si el acusado es culpable, si debe haber condena o absolución. Y también existe el juicio del árbitro quien, como en los juegos olímpicos, asciende a su trono de juicio para declarar quién es el ganador y otorgar el premio, pues el vencedor ha corrido justamente y lo ha hecho bien. Por supuesto, el corolario es que los que no han corrido justamente ni bien «sufrirán pérdida» y no ganarán premio alguno. Es este segundo juicio al que Pablo se refiere en este versículo.

El destino personal de una persona ya está determinado en esta vida, según esa persona haya confiado o no en Cristo para salvación. «De manera

que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14:12). Pocos versículos de las Escrituras son más escrutadores que este. Daniel Webster, el notable estadista norteamericano, cuando le preguntaron cuál había sido el pensamiento más grandioso que había tenido respondió: «El pensamiento más grandioso que ha entrado en mi mente es que un día tendré que comparecer ante un Dios santo y rendirle cuenta de mi vida».

El tribunal de Cristo, pues, es Su asiento de «árbitro». El propósito primordial de su juicio es evaluar y recompensar a los creyentes por la manera en que han utilizado las oportunidades y cumplido con sus responsabilidades. El criterio por el cual seremos juzgados está expresado en términos claros: «...para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba

en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5:10).

Sin embargo, las motivaciones serán tomadas en cuenta tanto como las obras. «Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones...»

(1 Corintios 4:5).

Pablo nos dijo cómo se llevará a cabo este proceso:

Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra

de alguno se quemare, sufrirá pérdida: si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego (1 Corintios 3:11-15).

Independientemente de cualquier otra cosa que enseñe este párrafo deja claro que puede haber un alma salva y una vida perdida debido a la infidelidad en la mayordomía de la vida.

¿Qué simbolizan el oro, la plata y las piedras preciosas? Es apropiado examinar este asunto en vista de las graves posibilidades implícitas en el pasaje. ¿Qué se va a tomar en cuenta en la evaluación?

1. Nuestro testimonio por Cristo (Filipenses 2:16).
2. Nuestro sufrimiento por Cristo (1 Pedro 4:13).
3. Nuestra fidelidad a Cristo (Lucas 12:42,43; Apocalipsis 2:10).
4. Nuestro servicio para Cristo (1 Corintios 3:8; Hebreos 6:10).
5. Nuestra generosidad por Cristo (2 Corintios 9:6; 1 Timoteo 6:17-19).

6. El uso de nuestro tiempo para Cristo (Efesios 5:15,16; Colosenses 4:5).
7. El ejercicio de nuestros dones espirituales (Mateo 25:14-28; 1 Pedro 4:10).
8. Nuestra autodisciplina para Cristo (1 Corintios 9:24,25).
9. Cómo conducimos almas a Cristo (1 Tesalonicenses 2:19).

Los premios otorgados por nuestro Señor desde su posición de árbitro se simbolizan usando la figura de las coronas. (Trataremos este tema en la sección sobre las recompensas, que comienza en la página 14.)

Sin embargo, el juicio bema no es todo gozo y entrega de premios para todos los creyentes. Pablo dijo a los cristianos corintios que de la misma manera en que las estrellas difieren en gloria, así también los santos serán diferentes (1 Corintios 15:41,42).

Algunos se avergonzarán cuando Cristo venga porque le han sido infieles, o han persistido en algún pecado conocido, o se han avergonzado de Él delante de la gente. El apóstol Juan escribió: «Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados» (1 Juan 2:28).

Algunos sufrirán pérdida porque han usado madera, heno y hojarasca para edificar sobre el fundamento, y estos materiales no pueden sobrevivir al fuego (1 Corintios 3:12). Como dijo F. E. Marsh:

Han construido con el material de los productos de la tierra sobre el fundamento del ser y la obra de Cristo. El oro de la deidad de Cristo, la plata de su sacrificio vicario, y las piedras preciosas de su incomparable valor y gloria venidera son

verdades que pasarán las pruebas del fuego de Dios; pero la madera del autoestima, el heno de la debilidad del hombre, y la hojarasca de la elocuencia humana todas se quemarán, aunque el obrero mismo será salvo.

Pablo escribió: «Si la obra de cada uno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego» (1 Corintios 3:15).

¿Estaremos entre los que recibirán plena recompensa y tendrán amplia entrada en el reino de Cristo, o estaremos entre los que se avergonzarán y sufrirán pérdida?

¿Qué significará para Cristo la segunda venida? Jesús dijo: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo» (Juan 17:24).

El egoísmo inherente al corazón humano, aunque esté regenerado, queda al descubierto por nuestra tendencia a pensar en el regreso del Señor más por lo que significará para nosotros —cómo nos afectarán los acontecimientos que lo acompañarán— que por lo que significará para Él. Un himno muy popular de una generación atrás resume ese sentimiento. Charles Gabriel escribió:

*«O qué gloria será
para mí Gloria para mí,
gloria para mí;
Cuando por Su gracia
contemple su faz,
Gloria será, gloria para mí».*

Tenemos razón en emocionarnos al pensar en nuestra magnífica herencia en Cristo, pero, ¿nos emocionamos igualmente al pensar en su herencia en nosotros? He aquí la oración de Pablo: «Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan a qué esperanza él los ha

llamado, cuál es la riqueza de su gloriosa herencia entre los santos, y cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos...» (Efesios 1:18,19, NVI).

¿Qué tanto hemos pensado en su gloriosa herencia en nosotros?
¿Prestamos suficiente atención a su anhelante espera del día de Sus bodas?
¿Se destaca en nuestro pensamiento el día de Su coronación?

A. J. Janvrin escribió:
Cristo espera con mucha paciencia el día de Su coronación, aquel reino que nunca pasará, mira vigilante hasta que su estandarte real ondée con gran libertad.
¡Hasta que quede satisfecho de su obra!

Consideremos el sorprendente contraste entre su primera y su segunda venida. Primero vino en pobreza y humillación; pronto vendrá con increíbles

riquezas y gloria. Primero vino en debilidad; pronto vendrá en gran poder. Primero vino solo; pronto vendrá acompañado de sus huéspedes de ángeles y en compañía de los redimidos. Primero vino como varón de dolores; pronto vendrá con un gozo radiante y puro. Primero los que se burlaban de Él le colocaron una caña en la mano; pronto esgrimirá el cetro del dominio universal. Primero le colocaron una corona de espinas de acanto sobre la frente; pronto vendrá adornado de todas las diademas que se ha ganado. Primero fue blasfemado, negado, traicionado; pronto toda rodilla se doblará ante Él reconociéndolo como el Rey de reyes y el Señor de señores.

En la oración a su Padre, Cristo presentó una sola petición personal: «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén

conmigo, para que vean mi gloria que me has dado...» (Juan 17:24). Esta oración revela el profundo anhelo de su corazón. Estos hombres, que tenían sus debilidades, significaban mucho para Él, y nosotros también. Cuando venga otra vez, su anhelo se verá cumplido: «...y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:17). Pero a la luz de su grandeza, majestad y santidad, ¿no clamamos junto con el salmista asombrados y maravillados: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?» (Salmo 8:4).

Cuando Cristo vuelva, se sentirá plenamente satisfecho con el resultado de su costoso sacrificio: «Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho...» (Isaías 53:11). Entonces experimentará la consumación del «gozo puesto delante de él» (Hebreos 12:2).

El notable rabí Duncan de Edimburgo predicó una vez sobre el texto «verá linaje» (Isaías 53:10). Dividió el texto de la siguiente manera:

- Los verá nacer y entrar en el mundo.
- Los verá educarse y criarse.
- Los verá recibiendo apoyo hasta el final.
- Los verá glorificados y en el hogar celestial. Esto es parte del gozo puesto delante de Él.

El regreso de Cristo dará como resultado su unión eterna con su esposa, la Iglesia, la cual Él compró con su propia sangre. Para Él, al igual que para nosotros, eso significará el gozo extático de la cena de las bodas del Cordero y la eterna comunión.

Cuando Cristo vuelva será para recibir el reino del cual tanto habló en la tierra. Cuando vino por primera vez a su pueblo y se ofreció a Sí mismo

como Rey, su respuesta fue: «No queremos que éste reine sobre nosotros» (Lucas 19:14). Pero al final su reinado será reconocido y confesado universalmente. Frances Ridley Havergal escribió: «¡O qué gozo verte reinar a Ti, mi amado Señor! Toda lengua tu nombre confesará, y a una te darán gloria, honra, honor y te adorarán; a Ti, mi Maestro y Amigo, vindicado ya en tu trono, hasta en lo último de la tierra, Te glorifican y te adoran».

¿Qué significará la segunda venida para Satanás? El apóstol Juan escribió: «...Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche» (Apocalipsis 12:10).

Para nadie tendrá el regreso de Cristo un

significado de tan largo alcance como para Satanás, el príncipe del mal de este mundo. Las Escrituras presentan una imagen coherente de dos reinos rivales que se confrontan entre sí en el escenario del mundo: los reinos de Satanás y la oscuridad y el reino de Dios y la luz. Satanás y sus secuaces están aliados con personas malignas en su plan para destrozarse el reino de Dios y arruinar la raza humana.

Al final de la era, Satanás aparece en alianza con la bestia y el falso profeta. Estos tres, unidos en un propósito común para derrotar a Cristo y obtener el dominio del mundo entero, forman una siniestra trinidad de mal. Mientras estaba en la tierra, Jesús infligió una abrumadora derrota a Satanás: primero en la tentación en el desierto, pero sobre todo en su muerte en la cruz. Cristo «participó de lo mismo, para destruir

por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:14,15).

Fue por este mismo propósito que Cristo el Hijo de Dios vino a la tierra por primera vez: «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8).

En el Calvario, esa victoria se alcanzó gloriosamente, y se dictó la sentencia del juicio. El bendito resultado fue que «despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Colosenses 2:15).

Desde el Calvario, el poder del que se jacta el adversario ha sido aniquilado. Su poder no

es inherente, es derivado. Él no es invencible sino vulnerable. No triunfa, sino que está destinado al fracaso. Él y sus cómplices están reservados para un juicio final y futuro, el cual se describe en Apocalipsis 20:7-10:

Quando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá para engañar las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Por tanto, una de las bienaventuradas ausencias del cielo será Satanás el tentador, el acusador, el engañador. No habrá más tentaciones. Nuestra naturaleza no tendrá más puntos débiles. No habrá que desentrañar más pecados viejos y acusaciones infundadas. Los engaños ya no jugarán con nuestra ignorancia y credulidad. Nada inmundo ni contaminante entrará jamás en el cielo por aquellas puertas de perlas. ¡Aleluya!

RECOMPENSAS Y CUERPOS RESUCITADOS

En su libro *The Future Life [La vida futura]*, Rene Pache escribe: «He aquí una palabra escrutadora: la motivación de nuestra obra es lo que cuenta. En aquel día, Dios probará todo por su norma

de verdad, y si cuenta con su aprobación, habrá una recompensa. La recompensa no es la salvación, pues la salvación es por gracia, completamente aparte de las obras (Efesios 2:8,9). Esta recompensa es por el servicio fiel rendido por ser salvos.

«Tendremos cuerpos adecuados para que la vida plena de Dios more en nosotros y se exprese para siempre. Podremos comer, pero no lo necesitaremos. Podremos movernos rápidamente a través del espacio y la materia. No tendremos edad y no conoceremos el dolor, las lágrimas, la tristeza, la enfermedad ni la muerte. Tendremos cuerpos de esplendor. En una promesa a los santos del Antiguo Testamento, el Señor comparó nuestros cuerpos gloriosos con el resplandor de la luna y las estrellas (Daniel 12:3). El cuerpo glorificado de Cristo se

describe tan refulgente como el sol en todo su esplendor».

¿Quién recibirá las recompensas? Jesús dijo: «Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os apartaren de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas (Lucas 6:22,23).

«Parece que el cristiano ordinario, y aun el estudiante promedio de las Escrituras, raras veces piensa en el asunto de las recompensas del creyente en el cielo. Es un tema tanto gozoso como solemne, y debería servir de mucho incentivo para vivir una vida de santidad». Eso escribió Wilbur M. Smith hace muchos años, y las circunstancias han cambiado poco desde entonces respecto a este tema.

Hay maestros espirituales que consideran todo el concepto de las recompensas por el servicio una motivación de segundo orden. Lo comparan con ofrecer dulces a un niño si se porta bien. Pero Jesús de ninguna manera apoyó esta opinión. De hecho, enseñó lo contrario. El apóstol Pablo también enseñó acerca de las recompensas en varias de sus cartas.

No hay acto meritorio con el que podamos ganarnos la salvación, pues ella es resultado del increíble e inmerecido amor de Dios. Pero el hecho mismo de que Jesús hablara de recompensas por el servicio en varias ocasiones indica que él las consideraba un artículo de fe importante.

Pero de ninguna manera sugirió ni dejó implícito que el servicio es un método para acumular mérito y por tanto recibir la salvación. La vida eterna es un regalo, no una recompensa.

El lenguaje en el cual se expresa el concepto bíblico de las recompensas es altamente simbólico y metafórico, y debería interpretarse de acuerdo con esa realidad. Claro, el servicio fiel traerá recompensas en esta vida y en la venidera. Ambas se mencionan en el versículo siguiente: «Y él les dijo: De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna (Lucas 18:29,30).

El Nuevo Testamento comienza con la promesa de recompensas del Señor en las Bienaventuranzas: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mateo

5:11,12). Esta recompensa es para la persona que soporta la difamación y la persecución por causa del Señor.

Al final del Nuevo Testamento el Señor nos asegura: «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:12).

Puesto que Jesús dijo que la recompensa por la aflicción sufrida por su causa es grande y es causa de regocijo, deberíamos tomar en serio sus palabras y no descartarlas negligentemente como hacen algunos.

Pablo es igualmente claro en este punto: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5:10). De ese pasaje aprendemos que nuestras obras pasadas

nos confrontarán en el tribunal de Cristo, pero es igualmente claro que allí la salvación del creyente no es un asunto a debatir. Ese importante asunto fue decidido para siempre en la cruz, cuando nuestro sustituto generosamente cargó con el juicio que merecíamos justamente por nuestros pecados. Como resultado de ese bendito acontecimiento, Pablo aseguró a los creyentes: «Y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree» (Hechos 13:39). La bendita consecuencia es: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús...» (Romanos 8:1).

Por tanto, el creyente no necesita temer perder la vida eterna en el tribunal de Cristo. Pero alguien podría objetar diciendo: ¿No temía Pablo ser eliminado? Cuando Pablo escribió

acerca de esa posibilidad no fue porque tuviera miedo de perder su salvación. La palabra eliminado, como se traduce en la *Reina-Valera* en 1 Corintios 9:27, se traduciría mejor diciendo «descalificado» [como en la *Biblia de las Américas*. Nota del traductor.] Pablo estaba hablando en el contexto de competir en los juegos ístmicos. El temor que él tenía era que, después de haber exhortado a otros respecto a la manera de correr para ganar el premio, él mismo pudiera ser descalificado para obtener la corona del ganador. Después de todo, la vida eterna no es una recompensa, sino un regalo.

Todos los verdaderos creyentes que comparezcan ante el tribunal de Cristo calificarán para ir al cielo, pero no todos recibirán la misma recompensa. Alguien dijo una vez: «Las recompensas se calcularán más en base de la fidelidad

y del sufrimiento que de las empresas exitosas». Sin embargo, 2 Juan versículo 8 nos exhorta encarecidamente: «Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo».

En las parábolas de las minas (Lucas 19:11-27) y de los talentos (Mateo 25:14-30), Jesús enseñó que todo creyente tiene diferentes habilidades y capacidades. Eso es algo sobre lo cual no tenemos control y de lo cual no somos responsables. La parábola de las minas enseña que donde hay igual habilidad pero fidelidad desigual, habrá una recompensa menor. Por otro lado, la parábola de los talentos nos dice que donde hay habilidad desigual pero igual fidelidad, las recompensas serán las mismas. El juicio de Cristo y la recompensa otorgada estarán en conformidad con el uso que hacemos

de las oportunidades que se nos presentan.

Estas parábolas, y en realidad, todo el asunto de las recompensas por el servicio, subrayan la importancia de la manera en que actuamos aquí y ahora. Es ahora cuando estamos determinando nuestra condición futura y nuestra recompensa en los cielos. Charles Wesley escribió lo siguiente: «En espera de esa corona inmortal, ahora sostengo la cruz, y con gusto por doquiera voy, sonriendo a la pena y al dolor; soporto mis años, hasta que venga mi libertador, y enjuge las lágrimas de su siervo, y lleve mi exilio al hogar celestial».

¿Qué significan las coronas prometidas?

El apóstol Pablo escribió: «Por lo demás, me está guardada la corona de justicia...» (2 Timoteo 4:8). Las recompensas prometidas en los cielos se representan a veces con una corona. En la cultura griega, una corona

podía ser, o un tocado para adornar que se ponía un rey o una reina, o una corona que se llevaba puesta como símbolo de victoria.

Antes de considerar el significado de la corona que se otorgaba a los ganadores, deberíamos tener un concepto claro de la naturaleza de las recompensas del cielo, pues somos propensos a compararlas con nuestro sistema terrenal de recompensas: igual paga por igual trabajo. Por tanto, la idea del mérito se halla implícita. Pero una corona celestial no es asunto de recompensas. En las recompensas celestiales, el mérito se excluye a propósito. La palabra de nuestro Señor a sus discípulos lo dice claramente:

¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate

a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírvenme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos (Lucas 17:7-10).

Las recompensas del cielo son todas asunto de la gracia de Dios. Son el reconocimiento generoso de Dios del servicio abnegado y sacrificado. G. Campbell Morgan llega a afirmar que el servicio a cambio de recompensa ¡no es cristiano sino todo lo contrario! «Él [Cristo] se despojó a sí mismo. Sirvió “por el gozo puesto delante de Él”. Sí, pero, ¿qué era ese gozo? El gozo de elevar a otros y bendecirlos» (*The Gospel*

of Luke [El evangelio de Lucas], p.97).

El hecho de que el obrero que fue contratado para trabajar a la hora undécima recibiera la misma paga que el que había trabajado todo el día subraya que la mayor parte del salario que recibió no fue ganado, sino que fue un generoso regalo del amo. Cuando uno de los obreros que trabajó tiempo completo acusó a su amo de injusto, él contestó:

Él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; mas quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno? (Mateo 20:13-15).

No se nos dice precisamente qué forma tendrán las coronas en el cielo, pero la opinión de John MacArthur, hijo tiene

muy buena base: «Las recompensas de los creyentes no son algo que uno se pone en la cabeza como una corona.... Su recompensa en el cielo será su capacidad de servicio en el cielo.... Las coronas del cielo son lo que experimentaremos, la vida eterna, el gozo eterno, el servicio eterno y la eterna bendición» (*Heaven [El cielo]*, pp.114,115).

En el Nuevo Testamento hay dos palabras griegas que se traducen por «corona». Una es diadema, un turbante real que se ponían los reyes persas. Es siempre símbolo de dignidad real o imperial. Se refiere a la clase de corona que Jesús recibe. La otra palabra es stephanos, la corona del ganador, «símbolo de triunfo en los juegos olímpicos o en alguna competencia similar, por tanto por metonimia, una recompensa o premio» (Vine). Era una corona de hojas de parra, hermosamente entretejida.

Esta es la palabra que se usa para referirse a las recompensas del cielo.

Las coronas que se mencionan en las Escrituras son:

1. La corona de vida.

«Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (Santiago 1:12). «...Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10).

Esta corona será otorgada por soportar y triunfar sobre la prueba y la persecución hasta el punto del martirio. La motivación debe ser el amor a Cristo.

2. La corona de justicia. «Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los

que aman su venida» (2 Timoteo 4:8).

Esta corona será otorgada a los que hayan terminado la carrera cristiana con integridad, con los ojos fijos en el Señor que ha de venir. Es la recompensa por cumplir el ministerio que se nos ha confiado.

3. La corona incorruptible. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; y ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible» (1 Corintios 9:25).

Esta corona la llevan puesta aquellos que luchan por ser maestros, por la excelencia. Aquí Pablo estaba usando la figura del pentatlón con sus tremendas demandas de energía física. La corona se otorga al disciplinado.

4. La corona de gozo. «Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros,

delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?» (1 Tesalonicenses 2:19).

Esta es la corona del que gana almas. Será motivo de gozo cuando, en el cielo, encontremos a aquellos que han sido ganados para Cristo a través de nuestro ministerio. Esta corona está disponible para todos los creyentes.

5. La corona de gloria.

«Apacientad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; ...Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria» (1 Pedro 5:2-4).

Esta recompensa prometida a los líderes espirituales de la Iglesia debería ser una fuerte motivación para llevar a cabo un ministerio pastoral sacrificado.

Sin embargo, ninguna de estas coronas se otorga automáticamente. Hay

algunos requisitos para obtenerlas, y es posible perder una corona por falta de vigilancia. En la carta a la iglesia de Filadelfia, el Señor resucitado advirtió a los creyentes: «He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona» (Apocalipsis 3:11). Esta es una advertencia contemporánea para nosotros también, que muchas veces estamos rodeados de cosas que compiten con nuestro amor y nuestra lealtad.

Philip Doddridge escribió: Es la voz vivificante de Dios que te llama desde lo alto. Es su propia mano la que otorga el premio de tus aspiraciones. Es el premio que posee una gloria sin par, que tendrá un nuevo resplandor cuando las coronas del ganador y las gemas del monarca se conviertan en polvo común. Bendito Salvador, yo, introducido por Ti

comencé mi carrera,
y coronado de victoria
a tus pies presentaré
mis honores.

¿Cómo serán nuestros
cuerpos resucitados? El
apóstol Pablo escribió:
«Pero dirá alguno: ¿Cómo
resucitarán los muertos?
¿Con qué cuerpo vendrán?
Necio, lo que tú siembras
no se vivifica, si no muriere
antes. Y lo que siembras
no es el cuerpo que ha
de salir, sino el grano
desnudo... pero Dios le da
el cuerpo como él quiso...»
(1 Corintios 15:35-38).

Pablo no entró en
detalles acerca de la
naturaleza exacta del
cuerpo resucitado del
creyente, probablemente
debido al pequeño número
de verdades reveladas al
respecto. No obstante, sí
hizo varias afirmaciones
definitivas. El filósofo y
el científico sólo pueden
especular intelectualmente
acerca de esos temas. Sin
embargo, con la Palabra

inspirada en nuestras
manos tenemos la certeza.

1. Será un cuerpo espiritual
(1 Corintios 15:44), y
estará perfectamente
adaptado a nuestro
ambiente celestial.
2. Será un cuerpo real,
no un fantasma, pero
será como el del Cristo
resucitado, quien
desafió a sus discípulos
diciendo: «Palpad, y
ved» (Lucas 24:39).
3. Será un cuerpo
reconocible, podrá
identificarse con el
cuerpo físico que se
enterró. Después de la
resurrección, Jesús habló
de tener «carne y huesos»
(Lucas 24:39). Los
apóstoles reconocieron a
Jesús. Para aclarar este
asunto, Pablo procedió
entonces en 1 Corintios
15 a hacer comparaciones
y contrastes entre
los cuerpos físicos y
espirituales.
4. Será un cuerpo
imperecedero (v.42).

Será inmortal, no estará sujeto a la descomposición.

5. Será un cuerpo glorioso (v.43), ya no será el cuerpo que «se siembra en deshonra», sujeto a la tiranía del pecado y a los ataques de Satanás.
6. Será un cuerpo poderoso (v.43), habiéndose despojado de la fragilidad de su inmortalidad.

Aunque ahora el cuerpo es sólo un vehículo imperfecto del espíritu y muchas veces lo frustra, en el cielo el cuerpo nuevo será perfectamente adecuado para las condiciones de su nueva esfera. «Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial» (1 Corintios 15:49).

Debe notarse que el término cuerpo espiritual no implica que es etéreo ni fantasmal, sino que más bien estará sujeto al espíritu humano, no a nuestros deseos carnales.

Además, el cuerpo espiritual podrá expresar mejor las aspiraciones del creyente que el cuerpo terrenal.

Existen en la actualidad dos conceptos erróneos acerca del cuerpo espiritual que necesitan corregirse:

- a) que será idéntico al cuerpo que fue enterrado;
- b) que no hay conexión orgánica entre el cuerpo que fue enterrado y el resucitado.

Si estos conceptos fueran ciertos, tendría que haber una nueva creación, no una resurrección. Debemos reconocer que hay un misterio en esto, misterio que será revelado sólo en el cielo.

Para contestar la pregunta: «¿Con qué clase de cuerpo vendrán?», Pablo enunció cuatro verdades, las cuales se ilustran en el crecimiento de una semilla y en la diversidad de los animales, del sol, la luna y las estrellas.

1. Lo que crece de la semilla que sembramos

no es del todo idéntico a lo que se cosecha (1 Corintios 15:37). Una bellota produce, no otra bellota, sino un roble, y sin embargo, ambos disfrutan de la misma fuerza vital.

2. Cada clase de semilla tiene un cuerpo distinto, dado por Dios (Génesis 1:11; 1 Corintios 15:38).
3. El fruto cosechado de la semilla tiene una conexión orgánica con la semilla de la cual brotó. No es una nueva creación, sino que es el producto de algo que ya existe.
4. Así como hay una gran diversidad en los cuerpos de los animales, así habrá diversidad en el reino celestial (1 Corintios 15:39-41).

Si el cuerpo resucitado no está relacionado orgánicamente con lo que se siembra cuando muere, no puede haber resurrección. El que no lo podamos explicar no altera esta verdad.

Deberíamos tener en cuenta que hay otros misterios, tal vez relacionados, con los que tenemos que vivir. Las personas que saben de medicina nos dicen que en una vida, la substancia total de nuestro cuerpo cambia unas diez veces, y sin embargo, nuestras identidades personales continúan; seguimos siendo las mismas personas. Nuestro recuerdo de acontecimientos pasados sigue intacto. Esto también es un misterio, pero arroja un poco de luz sobre nuestro problema.

En 1 Corintios 15:42-44, Pablo comparó el cuerpo viejo con el nuevo en cuatro aspectos:

1. Se siembra en corrupción, pero será levantado en incorrupción (v.42). Sólo ha habido un cuerpo que no ha estado sujeto a la corrupción (Salmo 16:10; Hechos 2:27). Tarde o temprano, nuestros cuerpos físicos se marchitan. Todos somos

víctimas de la enfermedad y, a la larga, de la muerte. Aunque las carrozas fúnebres están hoy por dondequiera, nuestros cuerpos espirituales serán imperecederos.

2. Se siembra en deshonra, pero será resucitado en gloria (v.43). No hay nada hermoso ni glorioso en un cuerpo en descomposición. Nos deshacemos de él con respeto en una tumba o en un crematorio. Pero el cuerpo resucitado será un cuerpo glorioso, inconcebiblemente más hermoso y maravilloso. Esto es asegurado por el «Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Filipenses 3:20,21).
3. Se siembra en debilidad, pero será resucitado en poder (v.43). El comentarista bíblico León Morris escribió

que inevitablemente, la «fuerza de la juventud cede a la fragilidad de la edad. Un cuerpo muerto es símbolo de debilidad, pero nuestro cuerpo nuevo, al igual que el de nuestro Señor, se caracterizará por el poder. El sueño no será necesario para aliviar el cansancio ni recuperar la energía gastada. Nuestras habilidades serán aumentadas y nos libraremos de las limitaciones de las cuales somos tan conscientes en esta vida terrenal» (*First Corinthians [1 Corintios]*, p.28).

4. Se siembra cuerpo natural; resucitará cuerpo espiritual (v.44). El cuerpo natural se adapta a la vida en este mundo, pero no es adecuado para la vida en el otro mundo. El cuerpo espiritual es el órgano que está íntimamente relacionado con el

espíritu del hombre, de la misma forma en que su cuerpo actual está íntimamente relacionado con su vida terrenal. Nuestros cuerpos ya no estarán sujetos a las leyes que limitan nuestra vida física. El cuerpo resucitado de nuestro Señor es el patrón para el nuestro (Filipenses 3:20,21). Él comió con sus discípulos (Juan 21:9,12,13). Pasó por puertas cerradas (Juan 20:19). Aparecía y desaparecía de la vista de los demás. Afirmó tener carne y huesos (Lucas 24:39). En otras palabras, había una verdadera conexión e identidad con su cuerpo anterior, excepto por algunas de las limitaciones de ese cuerpo.

Nuestros cuerpos están ahora sujetos a la limitación y el deterioro, nos confinan y nos restringen, y están destinados a

volver a sus elementos componentes. Pero «seremos transformados». Cuando nuestro Señor regrese ocurrirá una gloriosa transformación. Nuestros cuerpos inferiores llegarán a ser como el glorioso cuerpo de Cristo y serán cuerpos en los cuales nuestros anhelos y aspiraciones encontrarán perfecta expresión.

¿Cómo era el cuerpo resucitado de nuestro Señor? Era ciertamente diferente de ese mismo cuerpo antes de la muerte.

1. En tres ocasiones no fue reconocido al principio ni por sus más cercanos amigos:
Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús» (Juan 21:4).
«Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús» (Juan 20:14).

«Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Mas lo ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen (Lucas 24:15,16).

2. Aunque el cuerpo resucitado del Señor era verdaderamente diferente, tenía similitudes con su cuerpo físico. Él dijo que tenía «carne y huesos» (Lucas 24:39). Negó ser un fantasma (Lucas 24:37-39). Preparó el desayuno para sus discípulos y comió con ellos (Juan 21:9-14; Lucas 24:42,43).
3. Sin embargo, podía pasar por puertas cerradas (Juan 20:19). Ya no estaba confinado por nuestras limitaciones de tiempo y espacio.
4. El suyo era un cuerpo real. En respuesta a la incredulidad de Tomás, extendió esta invitación: «Pon aquí tu dedo, y

mira mis manos» (Juan 20:27). Y a María dijo: «No me toques» (v.17).

Jesús dio una evidencia satisfactoria de que era la misma persona de antes de la cruz. Fue reconocido por sus más allegados, quienes estaban ya preparados para morir por Él, y la mayoría de ellos lo hizo.

Es interesante señalar que el cuerpo de nuestro Señor retuvo sus cicatrices en el cuerpo nuevo. Es difícil decir lo que significa esto exactamente. Una sugerencia interesante es que las cicatrices recibidas como sufrimiento por la causa de Cristo persistirán de alguna manera, no como manchas, sino como distintivos de honor eternos.

CÓMO OBTENER LA ENTRADA AL CIELO

Jesús dijo: «De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:3).

Las Escrituras apoyan definitivamente la creencia en la vida después de la muerte y la existencia de un lugar que se llama cielo. No hay duda alguna de que nuestro Señor y su apóstoles enseñaron estas verdades, y también enseñaron con igual claridad que existe un lugar llamado infierno, donde el impenitente recibe la recompensa por sus obras.

La idea popular, según encuestas recientes, es que las personas buenas van al cielo, y la mayoría de los encuestados consideran que sus propias posibilidades de ir son buenas. Hay muy pocos que no desean ir al cielo. La mayoría

basa su esperanza en su conducta en esta vida, independientemente de su relación con Cristo. ¿Es esa una esperanza válida?

En este asunto volvemos a las Escrituras para hallar una respuesta autorizada. Todo lo demás es especulación, pero en un tema de tan trascendental importancia, necesitamos más que eso: necesitamos certeza.

En un mundo en el que hay tanta injusticia y desigualdad, donde el justo sufre y el malo prospera, donde se explota al débil y el poderoso progresa, es fácil concluir lo que concluyó Israel: «No es recto el camino del Señor» (Ezequiel 18:25). En nuestra sociedad contemporánea, la administración del sistema judicial muchas veces favorece al criminal y no a la víctima. Un gran número de crímenes se quedan impunes, mientras que las acciones meritorias muchas

veces no se recompensan. Las dos naciones que instigaron la Segunda Guerra Mundial son las que más han prosperado desde entonces. Esto crea un problema moral desconcertante.

El salmista Asaf, enfrentado a un problema similar, no tenía respuesta y casi perdió su fe.

Escuchémoslo:

En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Porque no tienen congojas por su muerte, pues su vigor está entero. No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres (Salmo 73:2-5).

Debido al pecado humano, la vida en la tierra es claramente injusta. Si Dios es tan bueno y justo como afirman las Escrituras y como hemos sostenido,

¿cómo puede retener su carácter al tiempo que permite que continúe el presente estado de cosas? Si permanece inactivo en esta situación, parecería que, o no le importa, o no tiene poder para remediar las injusticias obvias de esta vida.

Pero tanto las Escrituras como la historia están repletas de afirmaciones de que Él ni es indiferente ni está inactivo. Esta vida no es el final de todo. Esas desigualdades serán remediadas.

¿Dónde encontró Asaf la solución a su problema? El salmista escribió: «Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia. Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos» (vv.13,16,17). Al igual que él, nosotros también deberíamos

llevar los problemas que nos dejan perplejos a la presencia de Dios y tratar de ver las cosas desde su perspectiva. Lo importante es el panorama final.

Las Escrituras contienen abundantes indicaciones de que llegará el día en que se corregirán las injusticias y las desigualdades, en que el mal será castigado y la virtud recompensada debidamente. Esto sucederá el día del juicio. Los que en esta vida no se hayan valido del único camino a la salvación mediante la gracia de Dios y la muerte expiatoria de Cristo no entrarán por las puertas del cielo. La Palabra es inequívoca: «No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero» (Apocalipsis 21:27).

¿Qué significa tener nuestro nombre inscrito en el libro de la vida

del Cordero? En todas las Escrituras vemos la metáfora del libro de registros, comenzando con la súplica de Moisés a Dios de que lo «borre» del libro de Dios como expiación por los pecados del pueblo de Israel (Éxodo 32:32). Esta figura del lenguaje se saca de los registros de las tribus de Israel. Su última aparición es en el texto que estamos considerando.

Respecto al juicio frente al gran trono blanco leemos: «Y vi un gran trono blanco... Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras» (Apocalipsis 20:11,12).

Un conjunto de libros, pues, contiene el registro de la historia de cada persona. El otro libro es el libro de la vida del Cordero. El primer

registro sólo puede traer condenación, pues nadie cumple con las normas de Dios. En el libro de la vida están registrados los nombres de aquellos que se han arrepentido de sus pecados y ejercitado una fe salvadora en Cristo como Redentor y Salvador.

Recuerda que nosotros decidimos si nuestros nombres estarán escritos o no allí. Juan Bunyan describe en *El progreso del peregrino* al hombre armado que se acercó a la mesa donde estaba sentado el hombre con el libro y el tintero y dijo: «Escribe mi nombre». Todo el mundo puede hacer eso mismo. Una fe viva en Cristo, «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29), es la única condición para tener nuestros nombres escritos en ese libro, y eso constituye nuestro pasaporte a través de las puertas de perla. «Los que confían en Jesucristo

—escribe Alexander MaClaren— tendrán sus nombres escritos en el libro de la vida; grabados en el pectoral del Sumo Sacerdote e inscrito en su mano poderosa y su fiel corazón».

¿Por qué no te aseguras completamente del cielo abriendo tu corazón a Cristo el Salvador y Señor ahora mismo, invitándole a que entre, que lo limpie de pecado, y que lo convierta en su morada permanente? Él ofrece esta seguridad: «...si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3:20).

Este librito se basa en una porción de *Heaven: Better By Far*, de J. Oswald Sanders

¿Sabe...?

¿Qué es la salvación?

Es la liberación de la pena, contaminación y poder del pecado.

Es eternamente más importante que salvarse de un fuego, de una vergüenza social, de una enfermedad, de la pobreza o de la soledad.

¿Qué es el pecado?

Es todo pensamiento, palabra u obra que viole las leyes sagradas de Dios o no se conforme plenamente a ellas.

¿Qué ha hecho Dios al respecto?

Se hizo miembro de la raza humana en la persona de Jesucristo, vivió sin pecado para cumplir con las exigencias de la justicia de Dios, murió en la cruz para cargar con la pena por nuestros pecados, y resucitó de entre los muertos para vencer el poder de la muerte y derrotar a Satanás. La Biblia dice: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

¿Por quién murió Cristo?

Cristo murió por personas que no tienen nada más que ofrecerle que quebrantamiento de espíritu y necesidad. Murió por personas que se han alejado totalmente del propósito original de conocerlo, glorificarlo y gozar de Él para siempre.

¿Cómo obtenemos la salvación?

La salvación es gratuita para todos los que creen en Jesús. Para obtener la salvación no se necesita ni un compromiso fervoroso de hacer buenas obras, ni una observancia estricta de los rituales religiosos. La salvación no se halla en nuestros esfuerzos, sino en la confianza en lo que Dios ha hecho por nosotros. Todo lo que Él requiere es que confiemos personalmente en Cristo. Los que deseen sinceramente ser salvos y acepten la invitación de creer en Cristo, nunca serán rechazados. Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna» (Juan 6:47).

Si quiere saber más acerca de la salvación, pida nuestro librito
¿Qué es una relación personal con Dios? (SS103).